

# RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

FRANQUEO  
CONCERTADO

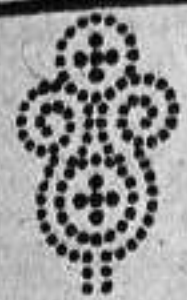
FRANQUEO  
CONCERTADO

Precio de suscripción  
Cada 5 números quincenales,  
2 pesetas al mes

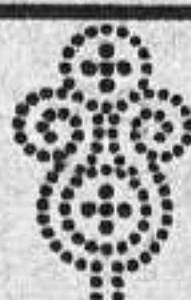
"Este precepto os doy: Amaos los  
unos a los otros como yo os he  
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:  
San Bernardo, núm. 131, 1.º  
GIJÓN



## EL PUBLICANO LEVI



Nuevamente tiene que pensar el afortunado Levi en ampliar los locales de su portazgo. a la entrada de Cafarnaún, cerca del mar. Apenas pueden ya rebullir los seis cobradores y los dos escribas que, inclinados en los pupitres, con el punzón siempre en ristre, asoman su amarillenta calvicie, detrás del mostrador.

En las proximidades de las fiestas del Templo o de los juegos olímpicos de Cesárea, o de las ferias de Magdala, de Damasco, de cualquiera de las ciudades de la Decápolis, se aglomeran los forasteros que acuden a pagar el portazgo por sus mercaderías, o, simplemente, a cambiar moneda. Desde que amanece, hasta media noche, resuena el tintineo de las monedas, cayendo vertiginosamente sobre la tabla lustrosa, o en aquellas arcas de hierro que Levi guarda clavadas con la piedra del muro en la tenebrosa trastienda. No se dan paz un momento los empleados avispados y ágiles.

Y mientras ellos cambian las monedas de Persia, de Arabia, de Egipto y Libia, por pesados sextercios o brillantes áureos, Levi de Alfeo, resplandecientes de satisfacción sus ojillos sagaces, y las manos a la espalda, sale a vigilar a dos mozos, que detienen en portazgo a los viajeros, vuelve a entrar, va y viene, saluda oficioso en su propia lengua de cada cual a cuantos asoman bajo el toldo que vela el resol de la calleja, ayuda a contar a alguno de los cambistas, que se ha detenido un momento con duda, y, mientras tanto, con el rabillo del ojo, escruta los movimientos de cuantos entran y salen.

En cualquier momento sería capaz de hacer con la imaginación un inventario exacto de las operaciones y de los ingresos que le han de quedar libres al cabo del día en la caja de las ganancias. Su sagacidad es tan proverbial en toda la ribera del Genecarth como el gorrito de lana roja con que se cubre los escasos cabellos grisáceos que le guarnecen la calva. Los lleva rapados al uso de los romanos. También en su túnica de mangas cortas y largos pliegues y en el manto de fina

sarga color frambuesa, que dobla cuidadosamente cuando viene de la calle, se delata en él, al publicano rico, servidor de Roma y bien hallado con sus costumbres.

Es dichoso Levi, hijo de Alfeo. Su aduana, si no la más importante en el escalafón oficial, es, en realidad, la de mayor tráfico de todo el norte de Palestina. Frente a la misma puerta de la tienda se cruzan los caminos populosos que proceden de Siria y de Tyro, y confluyen en la gran calzada que pasa por Magdala hasta el Sur. Y esa ventanilla del mostrador, ábrese sobre la misma esplanada del embarcadero, para los que vienen por mar, de la otra orilla de la Decápolis.

Todos estos días, con motivo de los festejos organizados por Herodes, en honor de las guarniciones romanas esparcidas por su tetrarcado, y con la proximidad de las fiestas de la Pascua, se ha redoblado el tránsito de pasajeros. Particularmente hoy, es extraordinaria la afluencia de los que descienden hacia Tiberiades, donde esta misma noche comienzan los juegos circenses, bajo la presidencia del Rey. Es una mañana de fines de abril. Se ha adelantado el calor más de lo que es frecuente en estos países, que apenas conocen las estaciones intermedias. Arde el sol como en julio. Por dos veces, el viejo «janitor», que cuida de asear la tienda, ha tenido que ajofifar el suelo, sobre cuyas losas el agua se evapora rápida. Bajo el espeso toldo sostenido por dos vigas que salen hasta media calle, brilla una franja de cruda luz, que obliga a parpadear a los escribas, cada vez que levantan la vista del mostrador.

Levi Alfeo se paseaba con el ojo avizor y el stylo de plata tras de la oreja. Sudaba de tal modo, que tuvo que quitarse el rojo tarbuch, del cual, pendíale sobre el hombro derecho una borlita negra. Pronto las moscas que se clavaban como agujas en la calvicie, le obligaron a requerirlo de nuevo. En medio del gentío que entra y sale sin cesar, y de aquel alegre bullicio que casi apaga el tintineo de las monedas,

continuo como un chorro de oro, el feliz publicano vuelve a pensar en la precisión de comprar a su vecino Simón Agrícola, la casita contigua, para lograr de una vez, unas oficinas capaces. Simón ha adivinado su necesidad y dobla el precio de la finca. Pero no habrá más remedio. Tendrá que comprársela por lo que pida. Al cabo todo ha de redundar en propio provecho. Triplicado el local se triplicarán las ganancias; es cosa probada. Entonces podrá pensar en adquirir el otro portazgo de la Vía de los Rebaños, que apenas acierta a mantener con mil dificultades el anciano Rubén Galadita. Y ya sí que podrá considerarse el hombre más poderoso de Cafarnaún.

Entra un decurión de la guardia, robusto, marcial, todo reflejos de plata en el casco empenachado. Lleva de la mano a un forastero que debe de venir desde la región de Tolemaida, según se diferencia su hablar del común acento siro caldeo. Su voz acostumbrada al mando, se abre paso entre los que se aglomeran ante el mostrador.

—A ver, para este pasajero que lleva prisa.

Levi acude con la más cortés solicitud.

—¿Qué desea el señor Decurión?

—Yo nada. Este pasajero, pagar el «publicum».

La más fina de las sonrisas de Levi envuelve ahora al forastero.

—¿El señor trae alguna mercancía de seda, de plata, de oro, de lanas, de cueros, de esencias, de vinos?

El decurión cambia con él un gesto significativo y ataja brusco:

—Nada.

—Excelentemente. Entonces, ¿desea cambiar? ¿Qué desea, áureos, sextercios, denarios, siclos?

—Ya he dicho que nada más pagar el peaje.

Excelentemente ¿Irá a Tiberiades el señor Pasajero?

—A Tiberiades.

—¿Para los días de las fiestas regias? Asiente el decurión con viva impaciencia.

—Entonces, tres siclos y medio.

Con una profunda reverencia, recoge Levi las monedas que el pasajero le tiende sobre la mesa. Y no puede apartarse del mostrador. Inmediatamente se agolpan ante él, tres, cuatro,



seis forasteros más, cansados de hacer cola ante los otros empleados. Ahora es un rico montañés que baja con su rebaño a Jerusalén. Como quien tiene costumbre en ello, desdobra con naturalidad sobre el tablero, una bolsa repleta de enormes centenes de oro. Leví descuelga su tablilla encerada y con el punzón de plata se apresta a contar. Sus finos labios esbozan una sonrisa apenas perceptible. Sólo este buen montañés le va a dejar de ganancia un par de zequíes de oro.

Pero, ¿qué pasa, que la gente se vuelve a mirar para la calle y enmudece de súbito? Se ha debido de caer el toldo. Parece como si toda la tienda se hubiera llenado de claridad. Unos a otros murmuran por lo bajo:

—Ese es.

Un grupo de hombres se ha detenido en la puerta. Leví, con su fino instinto de cambista, se apresura a invitarles.

—Entren, entren. Despacharán en seguida.

Mas ahora, incorporándose sobre el mostrador, repara en que son gente del país. Algunos como Simón, Santiago y Felipe, a cada paso atracan al lado, con sus barcas cargadas de pesca. En medio de ellos, está ese joven Maestro cuya misteriosa virtud co-

mienza a inquietar las almas. Todavía la despreocupada y bulliciosa Cafarnaún se siente conmovida por la prodigiosa curación del paralítico en casa de la suegra de Pedro. A Leví le late el corazón de un modo brusco. Los negros ojos del Maestro se han posado en él, sólo en él. Los siente muy adentro, como un agudo y suave taladro que no puede evadir, cercados de un resplandor invisible que le envuelve el alma en claridades desconocidas.

No quiere pasar el joven Maestro. Se contenta con mirar a Leví. Parece que sólo se ha asomado para mirarle. Brilla su túnica blanca en la penumbra verdosa que se cierne del toldo. Los ojos del turbado publicano parpadean. No pueden sostener esa mirada lenta, que parece como una larga pregunta, como una invitación que espera respuesta. Se oye al fin una voz suave, irresistible:

—Sígueme.

Y Leví, hijo de Alfeo, salta por encima del mostrador, abandonando el montón de oro que le presentaba el ganadero de la montaña.

En adelante se llamará Mateo, que significa gracia de Dios.

JENARO XAVIER VALLEJOS.

## EL PADRE ROMANO

—¿Ve usted esto? ¿Qué cree usted que es?

—Es posible que sea una cosa rara, cuando me lo pregunta en ese tono; pero a mí me parece que es una llave.

—Sí, señor; una llave. La de mi casa. Y ¿sabe usted lo que significa? Que acabo de hacer una cosa muy gorda.

—Don Bernabé, por Dios... usted que era tan bueno...

—Es verdad; me acuso de haber sido demasiado bueno.

—Nunca se es demasiado.

—A veces, sí.

—Y qué es lo que ha hecho usted?

—Dar un golpe de Estado.

—¡Caramba!

—Como suena. El Estado que yo gobernaba era mi familia. Y ¿sabe usted lo que me ocurría con ese Estado que yo gobernaba?

—¿Qué?

—Pues que no lo gobernaba. Aquello se regía por los procedimientos más democráticos. Yo era un cabeza de familia constitucional. Se habían proclamado los derechos individuales y funcionaba un parlamento en que todo el mundo tenía voz y voto. ¡Y qué votos! Y sobre todo, ¡qué voces!

—¿Y usted tocaba la campanilla?

—El violón. Mi mujer era autónoma, tenía sus derechos. Paciencia. El seguir la moda, sea como sea, forma parte de los derechos innatos e imprescriptibles de la mujer. En cuanto a mis hijos... no hay que decir; eran unas repúblicas jóvenes completamente emancipadas. Los chicos nos favore-

cían con su presencia en casa, de tarde en tarde; nunca de noche. Y las chicas tomaban su «bicicleta», como quien toma su paraguas y desaparecían en el horizonte. ¿Quién se atrevía a hacer observaciones? ¿Quién se atrevía siquiera a preguntar? ¿Quién se atrevía a negar el pago de las cuentas de todos? En fin, ¿quién se atrevía a nada? El régimen es el régimen. Uno de mis hijos, que es estudiante, puramente honorario, de Derecho, ha llegado a decirme con la mayor impertinencia: «¿Es cierto que pretendes ser un padre romano?» Por de pronto me he quedado perplejo, porque yo tengo una idea muy vaga de los padres romanos. Pero sin duda eran unos padres muy serios y que manejaban la tranca. Entonces se me ha ocurrido una idea.

—A ver, a ver.

—Todos los días está uno leyendo invectivas contra los excesos de la democracia. Se dice que ha fracasado y que debe sustituirse por la dictadura. Y me he dicho: pues en ningún Estado habrán llegado los excesos democráticos al que en esta república anarquizada, que tiene por territorio mi domicilio particular. ¿Usted ve cómo están las naciones de Gobierno parlamentario? Pues así están las familias con el mismo sistema. ¡Buenas están las naciones y buenas están las familias! Conque, dicho y hecho.

—¿Qué ha hecho usted?

—Me he proclamado dictador. He suspendido las garantías, he disuelto el parlamento, he lanzado cuatro gritos estentóreos, he dado un par de tortas a cada joven república, ya con pantalones, ya con faldas, y he resuelto desnacionalizar o poner en la calle al que no me obedezca en cuanto mande, sea

acertado o no, tenga sentido común o no lo tenga. Para muestra he prohibido hoy que salga nadie de casa, so pena de no volver a tener el gusto de sentarlo a mi mesa.

—Y se ha traído usted la llave... por si acaso.

—El derecho necesita de la coacción. Yo no sé lo que serían los padres romanos. Supongo que serían cosas buenas, por el tono con que ha hablado de ellos el sinvergüenza de mi chico. Pues bien... ¡soy un padre romano!

—Y un valiente.

—¡Ah, amigo mío! ¡Las familias! ¡Qué pena dan las familias! Los derechos individuales las han fundido. La bondad no sirve. Hace falta la dictadura.

—Lo que hace falta son padres.

—Sí señor; ¡aunque los llamen romanos!

M. C.

## CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Y en aquel tiempo... dijo Jesús a sus discípulos:

—Dichosos los ojos que ven lo que vosotros estais viendo...

Y continuó hablando a aquellos hombres rudos que no comprendían aún la suerte inmensa de que gozaban contemplando y conviviendo con Aquel de quien hablaban los profetas y anunciaron que había de venir.

Pero los sabios doctores de la Ley, endiosados con sus mezquinos conocimientos, adquiridos por la inteligencia y no comprendidos en su corazón, no admitían la realidad que veían sus ojos y buscaban a cada momento el motivo de desprestigiar al Maestro de Nazaret. Pero en vano sus torcidas intenciones buscaban el fracaso de quien adivinaba sabiamente sus malos instintos.

—Maestro, ¿qué tengo que hacer para lograr la vida eterna?

A un Doctor en los libros sagrados, nada mejor que contestarle:

—¿Qué está escrito en la Ley?. A ver, lee, le dijo conminándole.

—«Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma... y al prójimo como a tí mismo.»

El mismo se había contestado. El Nazareno sólo tuvo que añadir:

—Bien respondido: haz eso y vivirás:

.....

El mundo no ama. La civilización nos ha ido prodigando comodidades y bienestar. Los inventos se han multiplicado y la vida cómoda y regalada es cada día la máxima ilusión de muchos. Y cada día también, al contemplar las comodidades, el lujo, la ostentación de riquezas, de abundancia y como consecuencia la facilidad de poder satisfacer todos los placeres y deseos, aquellos que no pueden conseguirlo se han visto forzados a desterrar el amor de sus corazones, para odiar.



Una carrera desenfrenada de ambiciones ha emprendido el mundo y la meta cada día está más lejana. Se han olvidado aquellos principios éticos de que nos hablan los filósofos que son la norma en que se funda la Ley moral. Despreocupadamente se cierran los ojos a los principios morales para enriquecerse, sea como sea. Y después de acaparar riquezas, pasearlas aparatadamente ante los ojos de quien nada tiene sembrando con malicia o inconscientemente el odio de los que la fortuna aún no ha favorecido y hasta les tiene privados de lo más preciso para el sostenimiento de su vida.

Y ésta locura de las riquezas y del bienestar llega hasta las clases humildes, que no se resignan a vivir con el honrado pan que les produce su trabajo. Quieren también aparentar y hacer ostentación, algunas veces, de lo que cuesta sudores y privaciones y hasta alguna visita a la casa de empeño para que en las fiestas no falte la máxima satisfacción del placer en cualquiera de sus manifestaciones.

Y el mundo, corre desbocado hacia la catástrofe. Ambiciones, ansias de comodidades, a veces de absurdas aspiraciones, otras de poder satisfacer un mínimum de necesidades; pero todos en carrera desenfrenada van locos hacia el precipicio del caos.

El mundo no ama. La caridad ha quedado refugiada en unos pocos que mendigan por cuenta de otros para cubrir las hambres y atender las enfermedades que la ambición ha creado en su derredor. El amor ha desaparecido del corazón de la mayoría de los hombres. El odio es programa de partidos políticos. No surgen éstos, precisamente, para mejorar el nivel de vida de los hombres, ni para que los Estados hagan el milagro de atender a los que padecen hambre y sed de justicia, ni tampoco persiguen el bienestar de la mayoría; sus banderas tremolan al viento entre cantos de muerte y de odio, sus masas gritan venganzas y esterminio, sus ideales son destruir y esclavizar a todos aquellos a quien ellos odian. Y odian a toda la humanidad; porque sus venganzas llenan de sangre a sus mismos partidarios.

El mundo no ama. Vive siempre esperando revanchas, ocasiones, momentos propicios al desorden, a la irresponsabilidad, a la crueldad anónima que es la crueldad de los hombres cobardes.

El amor ha desaparecido del corazón de los hombres, por las ambiciones de muchos, por la grave responsabilidad de haber arrancado del corazón de esos hombres la fe religiosa y haberlos lanzado después a la desesperación del hambre y de las necesidades insatisfechas. Y aun después el lujo aparatoso desfila provocador ante los ojos llenos de odio de esa multitud de desheredados de la fortuna.

Los gobernantes no lograrán encontrar la solución de sus problemas si no consiguen cristianizar de nuevo esas masas que llaman sociales y que constituyen la base política de los

Estados; pero también han de otorgarles inmediata satisfacción a ese mínimum de derechos que tienen por el simple hecho de vivir dentro de la colectividad humana.

Los estadistas habrán de solucionar a fondo el importante problema de la distribución de los medios de consumo para lograr que en el mundo haya cada vez menos pobres, aunque sea también a costa de que haya cada vez menos riquezas acaparadas.

Las masas se revuelven inquietas, sin rumbo y con objetivos cada vez más desequilibrados. ¡Que los gobernantes acierten en la solución de los importantes problemas que ha planteado el mundo que ha dejado de amar, para conseguir volver a sus corazones el amor y a sus cuerpos la tranquilidad de quien vive satisfecho con el producto suficiente de su trabajo honrado.

Una vez más, Jesús de Nazaret, había confundido a sus enemigos y al mismo tiempo, puso muy en claro un punto fundamental de su doctrina... y al prójimo como a tí mismo.

R.

## La Asunción de Nuestra Señora

Alégrate, Cielo, que tu Reina sube sobre la carroza que formó una nube. El azul del eter tiene por dosel; por cetro una estrella de luz peregrina; por corona, un halo de esencia divina, y a sus piés un angel sirve de escabel.

El sol ilumina su triunfal carrera; esperan las vírgenes a su compañera que es Reina del Cielo y es Madre de Dios, y ya las milicias celestes la aclaman: mil veces ¡Bendita! ¡Bendita! la llaman, y agitan sus alas y van de Ella en pos.

¡Ya llega! Ya se abren las puertas del Cielo, de sus celosías descórrese el velo, y el fausto y la pompa del Palacio Real que es de Dios Alcázar, se muestra esplendente al posar Dios Hijo un beso en la frente de su Virgen Madre que llega triunfal.

Bajo el Trono augusto de Dios Trinitario, a su izquierda el Hijo, Rey desde el Calvario, a su diestra el Padre que es Rey Creador, y allá en lo más alto su blancura asoma el Dios hecho Espíritu, la Blanca Paloma que a todos cobija, el Rey del Amor.

Allá está sentada recibiendo audiencia la Reina del Cielo y del mundo Clemencia, la que es para el hombre refulgente luz que alumbra las sendas que parten del suelo y llegan triunfantes hasta el mismo Cielo, sendas que conservan la forma de cruz...

Hermenegildo RODRIGUEZ

Gijón, agosto 1945

**Comprender que somos obra de Dios es fácil; pero que la crucifixión de un Dios sea nuestra obra, he ahí lo que es incomprendible.—**  
EL CURA DE ARS.

**La verdadera libertad consiste en ser esclavo de la ley.**

## Semana Santa en Agosto

Ello acaeció en Marchena, célebre en cincuenta leguas a la redonda por su Semana Santa.

Figúrese usted si será famosa la Semana Santa de Marchena que como no sé cuál de los duques de Osuna, en no sé qué viaje tocase en esta ciudad por el mes de agosto, deseosa la señora Justicia de festejar al egregio huésped, y no ocurriéndosele cosa más digna de ser vista, acordó agasajarle con una Semana Santa.

Y cuenta la tradición que ayunó todo el pueblo como si fuera en su propio tiempo. Se comieron potajes, torrijas, tortillas de bacalao y, sobre todo, espinacas, por cierto cotizadas a precio de *foie-gras* por no encontrarse una ni para un remedio; pero lo que ellos decían «¿Quién ha visto una Semana Santa sin espinacas?» Se levantó el monumento en la iglesia matriz y filiales; salieron todas las cofradías; se arrastraron las *caenas*, los hermanos de nuestro Padre Jesús, una en cada pie; se cantaron las lamentaciones y el «miserere» y hasta se celebraron los divinos oficios, desde la bendición de palmas del Domingo de Ramos hasta el *ite misa est, alleluia, alleluia*, del Sábado de Gloria.

Yo no sé lo que habrá de chungu en semejante alcaldada, que corre de boca en boca por toda Andalucía; pero ni quito ni pongo Semana Santa, sino como me lo contaron te lo cuento.

Ni que decir tiene, porque es cosa que se cae por su peso, que hay entre las hermandades o cofradías de Marchena sus piques furibundos, siendo las que sostienen más vivo pugilato y más irreconciliable antagonismo de abolengo la del Santo Cristo de San Pedro y la de Nuestro Padre Jesús de San Miguel.

Tal división existe entre ambas hermandades, que como cierto predicador de la novena de Nuestro Padre Jesús, desconocedor de los usos y costumbres, hablase a troche y moche en sus sermones de la Pasión de Cristo, de los dolores de Cristo, de la divinidad de Cristo, la hermandad se creyó en la obligación de pararle los pies al predicador yendo toda la Mesa, y poco menos que bajo mazas, a decirle como el que está dispuesto a que la cosa no pase a mayores: «Haga usted er favó de no mentá en los pedriques na más que a Nuestro Padre Jesús Nazareno, ¿está usted?, que acá no estamos por costear novenas pa que se las pedriquen ar Cristo de San Pedro».

Dada esta hostilidad de parte a parte y la afición a las saetas, la hermandad que tiene en su seno un buen cantador de ellas tiene en él algo así como un hierofante, como un ser superior y una cosa muy grande y muy sagrada que hay que conservar y retener para impedir que se pueda alistar en la bandera enemiga.

Tal era el *Tuerto Pollo*, hermano fervoroso del Cristo de San Pedro, *cantaor de saetas*, que ponía el pelo de punta al decir de las viejas de la hermandad, cuando soltaba aquellos gorgoritos que parecían de un coro de ángeles melios en



quer pecho. Pero el *Tuerto Pollo* era republicano de lo más sanguinario y hasta blasfemo, por lo que la hermandad, bien a pesar suyo, se vió en el triste trance de amputarse aquel miembro podrido, y quedó expulsado.

\* \*

Había pasado un año. Y amaneció en el horizonte de Marchena el día de Viernes Santo, y la hermandad de Nuestro Padre Jesús recorría las calles con aquella solemnidad de costumbre.

El *Tuerto Pollo*, el repudiado, el proscrito, saboreaba entre tanto todo el amargor de su repudio y toda la soledad de su proscripción. Se creía como peregrino en su patria... Era la vez primera desde que tenía uso de razón que no se vestía de penitente, la primera vez desde que sabía cantar que no cantaría saetas al paso del Nazareno por las calles de su pueblo... Ya la imagen de Nuestro Padre Jesús estaba en la Plaza Vieja, y a lo largo de la calle de San Francisco se extendían las largas filas de encapuchados penitentes, entre los cuales tantos años había figurado él...

No podía resistir más la emoción de su conciencia, y rompiendo las filas de penitentes, con sombrero en mano, se postró de rodillas delante de la sagrada imagen, y puestos los brazos en cruz y derramando lágrimas se puso a cantar con una voz en que iban como disueltas todas las hieles de su arrepentimiento y todas las dulzuras de la esperanza.

*Cristo que estáis muriendo de calentura y de sed: ¡Qué lastima que mis lágrimas no las pudieras beber!*

La voz, el sentimiento, el ademán y hasta la mirada del *cantaor* electrizaron más que conmovieron el auditorio. Las mujeres, envueltas en sus mantos tarifeños, lloraban hilo a hilo, y los hombres tenían que morderse los labios para no hacer lo propio. Aquello conmovía hasta las mismas piedras. Era el pródigo volviendo a la casa paterna, la oveja descarriada tornando al redil, la dracma perdida que sale en el barrido de la casa, la pública retractación edificando a todos y ganándolos a todos porque es sincera Y...

—Na; es menesté que este hombre güerva a la hermandad—exclamó uno de los caporales esgrimiendo la vara de mando y haciendo más pucheros que en Triana.

—¡Que güerva! ¡Que se armita!—empezó a decir el compacto gentío con voz como de muchas aguas.

—¡Armitio!—dijo por fin el hermano mayor dando un abrazo de hermano al *Tuerto Pollo*, que antes de diez minutos volvía vestido ya de Nazareno, como el pródigo de la estola que le hizo vestir su padre para el banquete que celebró a su vuelta.

DE MUÑOZ Y PAVON

Por acoplamiento de originales, lamentamos no poder publicar el "Comentando" de nuestro colaborador "Hero", titulado: "Lección sobre la etiqueta", que publicaremos en el próximo número.

La Dirección

Solución al crucigrama n.º 15, por Morán

HORIZONTALES.—1. Desbocado.—2. Krrup Flota.—3. Risa - A - Amir.—4. Avono - Aliñe.—5. No - Osate - An.—6. P. - M. - Usé. - D. - C.—7. Re - Peana Fa.—8. Impar - Uerto.—9. Ruin - G. Neer.—10. Zurce - Tirol.—11. Fealdades.

VERTICALES.—A. Krjonprinz. - B. Drino Fuime.—C. Erso M - Puré.—D. Suavo - Parca.—E. BP - Reusa - El.—F. O - A - Asa - G - D.—G. Ca - Uñete - La.—H. Atañe - Donea.—I. Do - mi - D - Rere.—J. Aliilo - Ateis.—K. Francfort.

JEROGLIFICO núm. 20, por Morán

NOTA

e i  
e i T  
e i

500 500 A Q ATON Nota

Creo que están en malas relaciones

La anarquía induce siempre a los pueblos al gobierno tiránico.—Napoleón.

CESAR A. PRIETO  
PINTOR

Dorado, pintura decorativa y lisa. Dibujos y presupuestos gratis. Av. del Molinón, n.º 2 - Teléfono 3115 GIJÓN

PALACIOS LIBRERIA RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa  
Sellos de caucho  
Rótulos esmaltados

Santa Rosa, núm. 4 GIJON

ANTIGUA FUNERARIA  
— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano y exclusivo de la Cooperativa Nacional del Clero

JOYERIA - PLATERIA - RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos para regalo

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA  
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

Depositando sus economías en la



CAJA DE AHORROS MUNICIPAL DE GIJÓN

vela por sus intereses y participa en una amplia obra benéfico-social, pues a tal fin, tras constituir sólidos fondos de reserva, dedica INTEGRAMENTE sus utilidades esta Institución tutelada y fiscalizada por el Estado

ABONA EL INTERÉS MÁXIMO AUTORIZADO

Domicilio social: CALLE DEL INSTITUTO (edificio de su propiedad)

PRÉSTAMOS A INTERÉS MODICO